



la importancia de la formación moral en las clases de Religión

Clarificar para la enseñanza de la religión en qué consiste la vida moral, qué principios y elementos la componen, cuáles son sus problemas, metas y procedimientos, será el objetivo esencial de esta serie de artículos que iniciamos en este número y que continuará a lo largo del curso escolar.

Carmen BARBA

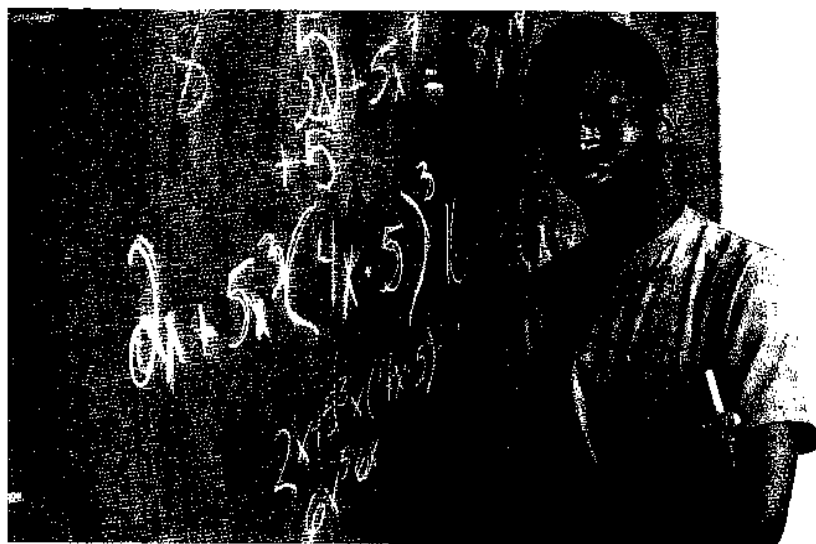
A dela Cortina, con la sabiduría que la caracteriza, pone palabra a lo que podría considerarse el sentir común de los nostálgicos de una ética garante de la convivencia humana: *¡Qué diferente sería todo –vienen a decir– si los periodistas y publicistas no entendiéramos la información y la publicidad solo como mercancía, si empresarios y trabajadores tuviéramos la empresa como un servicio cooperativo a la sociedad, si los políticos aprendiéramos que es nuestra razón de ser la defensa de intereses universalizables, si el personal sanitario tomáramos en serio que el bien del paciente es nuestro primer deber, si algún día los docentes creyéramos de verdad que la calidad de la enseñanza es un valor prioritario ...! ¡Qué diferente sería todo –en definitiva– si viviéramos moralmente!¹...* Podemos añadir, ¿quién de nosotros no ha pensado así alguna vez?

Vivir éticamente no es algo añadido al ser humano –mujer o varón–, es asumir el **reto** de llegar a ser lo mejor que se puede ser, con las posibilidades y limitaciones que nos ofrece la vida, en medio de las actividades cotidianas. Y esto suele olvidarse, convirtiendo *lo ético* y *lo moral* en un deber, una obligación o, en ocasiones, en un mandato.

Es más, al ser algo tan profundamente humano parece como si de ética o moral todos fuéramos entendidos. Es curioso constatar que, así como en otras ciencias se necesita cierta preparación para poder hablar con fundamento, en las cuestiones éticas cualquiera se siente autorizado para expresar una opinión. Los creyentes apoyan sus puntos de vista en la moral que le aporta su creencia religiosa. Los no creyentes apelan a su subjetividad como cri-

terio válido. En el fondo, unos y otros presentan lo moral como si estuviera al margen o por encima de una reflexión, un diálogo y una argumentación rigurosa y bien fundamentada.

En una realidad cambiante como la nuestra urge tomar en serio el mundo moral *porque sin profundidad ni altura moral –sin reflexión ni vida– mal vamos a poder seguir siendo hombres –mujeres y varones– ante los retos e interrogantes que*



¹ CORTINA, A. (dir), *10 palabras clave en ética*, Verbo Divino, Estella 2011. Pág. 9.

ya nos desbordan. Por eso urge ir aclarando en qué consiste la vida moral, qué principios y elementos la componen, cuáles son sus problemas, metas y procedimientos². Urge hacer de ello la columna vertebral del quehacer educativo.

Este es el objetivo de los artículos que se publicarán en nuestra revista. Cada artículo tendrá dos partes, una primera, de contenidos de carácter más teórico, y una segunda con algunas pistas pedagógicas para que puedan también ser abordados en el aula.

Con esta aportación pretendemos dotar de contenido renovado a conceptos que, en no pocas ocasiones, por utilizados, se han ido vaciando de sentido. Inicialmente nos acercaremos a cinco bloques temáticos: la ética y la moral; la conciencia; imagen de Dios y moral; Jesús, paradigma ético y la libertad.

Animamos, por tanto, a los profesores y profesoras de Religión para entrar en estos temas conscientes de que *no hay mejor praxis que una buena teoría*.

Ética o moral cristiana, ¿de qué hablamos?

Que estamos en tiempos de crisis es algo evidente: crisis de ciudadanía, financiera, de todas las instituciones de nuestra sociedad... La idea de crisis implica división y ruptura. Pero también se ofrece como posibilidad de cambio y novedad. El ser humano viene mostrando una gran capacidad de recrearse.

También estamos en una crisis de valores, **crisis de ética**. Se trata de una situación que evoluciona cada vez con más rapidez. Aparecen divergencias, puntos de vista en ocasiones encontrados y aparentemente irreconciliables. La tentación del relativismo acecha a las personas, haciéndoles creer -como ha advertido en repetidas ocasiones **Benedicto XVI**- que *no tienen necesidad de más raíces ni cimientos que ellos mismos, [que pueden] decidir por sí solos lo que es verdad o no, lo que es bueno o malo, lo justo o lo injusto*.

to; decidir quién es digno de vivir o puede ser sacrificado en aras de otras preferencias; dar en cada instante un paso al azar, sin rumbo fijo, dejándose llevar por el impulso de cada momento³. Un cierto fatalismo nos envuelve negando la posibilidad de libertad inherente a la condición humana.

Ética, moral, conciencia, responsabilidad, libertad, autenticidad, autonomía, heteronomía, teonomía, ley natural, culpa, pecado... son términos que utilizamos y que han conformado tradicionalmente la constelación en la que se mueve y se define la praxis cristiana. Hoy los descubrimos **vacíos de contenido**, dejándonos como desnudos de alternativas. ¿Acaso no hemos permitido que quedara encerrada en tópicos sin fundamento que se repiten y hasta se alejan del Evangelio?

Los cristianos tenemos que asumir, urgentemente, la voz que nos corresponde en el conjunto de voces de esta sociedad plural y globalizada. Nuestras propuestas éticas han de ser racionales, plausibles y evangélicas. Estamos llamados a salir de la confusión del lenguaje en el que, demasiadas veces, nos sumerge este mundo globalizado, dominado por los medios de comunicación social y las nuevas tecnologías. De la **fe adulta** brota la urgencia de

elaborar conceptos éticos sólidos capaces de responder a los desafíos del momento presente. *Es preciso reelaborar el lenguaje, recuperar el sentido más profundo de cada concepto y transmitir esta sabiduría albergada durante siglos a las nuevas generaciones*⁴. De este modo propiciaremos que el ser humano y el creyente puedan situarse y moverse con libertad y responsabilidad, desde una ética sólida y bien fundamentada, ofreciendo (no imponiendo) un discurso al servicio de la dignidad de la persona y de su libertad.

Rehacer el lenguaje no es sencillo. Requiere despojarse de conceptos domesticados, abrirse a la sorpresa de la novedad y profundidad que aportan las palabras; requiere volverse hacia las fuentes en las que bebe la tradición cristiana para extraer, de ellas, la frescura que aportan.

Deberemos clarificar dos términos, ética y moral. Frecuentemente se utilizan como sinónimos, pero nos preguntamos: **¿qué es la ética?** ¿qué consideramos moral? ¿un conjunto de prescripciones que es preciso cumplir para ajustarse a lo nuclear cristiano? ¿un itinerario de edificación de la persona, como un discurso que tiene como finalidad orientar al ser humano en el arte de vivir⁵? ¿cuáles son los pilares



² *Ibidem*.

³ BENEDICTO XVI, *Discurso de acogida en la XXVI Jornada Mundial de la Juventud de Madrid*, 18 de agosto de 2011.

⁴ TORRALBA, F. y otros, *Claves éticas para el siglo XXI*, Editorial Milenio, Lleida 2007, Pág 11.

⁵ VIVES, J.-E., *Proemio*, en *Claves éticas para el siglo XXI*, Editorial Milenio, Lleida 2007, Pág 10.

res sobre los que se construyen la ética y la moral cristiana? ¿qué es lo que las hacen creíbles y razonables?

Evidentemente la respuesta a estas preguntas no es un simple entretenimiento intelectual. No se trata tanto de saber qué es la ética o la moral, sino qué ética puede responder a nuestras necesidades para orientar nuestra praxis, tanto en el plano individual como en el social y político, por no decir mundial o internacional. No podemos caer en el error de reducir nuestra reflexión al espacio de los bellos discursos, de las utopías y los ideales, es decir, al de las buenas intenciones. La ética nos requiere y nos obliga. Se plasma necesariamente en la praxis en la que se va desplegando la identidad personal. La ética y la moral son instancias de juicio crítico y de discernimiento en nuestro vivir cotidiano.

① LEER este punto

La importancia de las palabras

Ética y moral suelen ser dos vocablos que tienden a utilizarse indistintamente. No obstante, si reflexionamos brevemente, algo nos dice que no se refieren a lo mismo⁶. El uso de estas palabras en charlas y tertulias las ha desgastado y las ha desprovisto de hondura. Volvamos a su raíz, a su principio etimológico⁷ o fundamento que está vinculado a la etimología del *ethos* griego y del *mos* latino.

El término *ethos*, fue utilizado en el mundo helénico con una gran carga expresiva. Nos remite a dos vocablos: *éthos* (con épsilon o e breve) y *êthos* (con e larga). El primero designa la costumbre, mientras que el segundo se refiere al concepto de carácter. En el contexto de la ética, sin negar la importancia de la costumbre, se da



primacía sobre todo al *êthos*-carácter.

El *êthos* griego tiene además otro significado: *residencia, morada o lugar donde se habita*. Se usa, sobre todo en poesía, con referencia a los animales, aludiendo a los lugares donde se crían y encuentran, a sus pastos y guaridas. Aplicado al ser humano, adquirió un significado más profundo: el *êthos* no es el lugar exterior en el que habita, sino **el lugar que el ser humano lleva en sí mismo, su actitud interior**, su referencia a sí mismo y al mundo. El *êthos* es mucho más que una *forma de ser o carácter*, es como una segunda naturaleza que todos adquirimos a partir de la primera, recibida sin responsabilidad de nuestra parte, es *es el suelo firme, el fundamento de la praxis, la raíz de que brotan todos los actos humanos*⁸. Es, en palabras de **Heidegger**, como *un estilo humano de morar y habitar*⁹.

Cuando la palabra se tradujo al latín perdió gran parte de su riqueza ya que su doble forma lingüística (de *êthos*-costumbre y de *êthos*-carácter) se tradujo por el término latino *mos*, un neologismo atribuido a **Cicaron** que significaba directamente *costumbre*. Con ello se produjo un equí-

voco que perdura hasta nuestros días. **Santo Tomás de Aquino** ya advirtió este peligro¹⁰ insistiendo en que el mundo de la moral debe entenderse y expresarse con los términos derivados del *êthos*-carácter. Sin embargo, no siempre sucedió de este modo: muchas veces se ha entendido y expresado la moral en clave de *costumbre* y no en la auténtica y propia de carácter.

Superando la ambigüedad significativa del *mos* latino y recuperando el significado genuino del *ethos* griego, lo ético o lo moral designa la *personalidad ética o moral* en cuanto que expresa el significado de *carácter o modo de ser adquirido*. Si se reduce al significado de *costumbre*, la moral cae en un legalismo, en un inmovilismo y en una heteronomía que no son tan infrecuentes en muchos contextos.

Volviendo por tanto a las fuentes que dieron origen a las palabras, es preciso reivindicar la identidad semántica entre ética y moral, ya que el vocablo latino *mos* significa también un modo de vida apropiado, tanto en el nivel de los sentimientos, como en el de las costumbres y el carácter¹¹.

⁶ CORTINA, A., *Ética Filosófica*, en M. VIDAL (coord.), *Conceptos Fundamentales de Ética Teológica*, Trotta, Madrid 1992. Pág 145-176.

⁷ LÓPEZ ARANGUREN, J. L., *Ética*, Trotta, Madrid 1994. Pág 5-27.

⁸ *Ibidem*, 174.

⁹ GRANELL, M., *La vecindad humana*, en *Revista de Occidente*, Madrid 1969, citado por M. VIDAL, *Moral de Actitudes I*, PS, Madrid 1998. Pág 19.

¹⁰ *Suma Teológica*, I-II, q. 58, a. 1.

¹¹ *Ibidem*, 28.



2

Uso de ética y moral en castellano

RELACIÓN ESCUELA

22

NOVIEMBRE 2011

Marciano Vidal advierte cómo aún teniendo el mismo origen semántico, en castellano, ética y moral, se utilizan con significado diverso¹². Por ejemplo, ética se reserva para la aproximación racional o filosófica (aunque también se habla de filosofía *moral*) y moral se utiliza para la consideración religiosa (aunque también se dice ética budista, ética cristiana, etc.); en otras ocasiones, ética indica el estudio fundamental del problema (aunque también se habla de juicios morales, análisis moral, etc.) mientras que moral se refiere a los códigos concretos de comportamiento humano (aunque también se dice ética del aborto, ética fiscal, etc.).

De este modo, existe la tendencia común a designar como ética lo que se refiere al *saber específico* relacionado sobre todo con la filosofía, y como moral al conjunto de códigos que marcan el comportamiento humano en el vivir cotidiano, limitándose en ocasiones al concepto de

deber. Es decir, en el lenguaje común parece como si *la moral* fuera la aplicación práctica de *la ética*. Estas dos formas de empleo dan lugar a dos niveles en la realidad de la ética o de la moral.

El primer nivel corresponde al comportamiento concreto o a la vivencia que los seres humanos tienen de los valores morales; el segundo nivel se refiere a las formulaciones en principios y normas en que aparecen recogidos dichos valores. Son dos niveles estrechamente relacionados entre sí, pero susceptibles de una consideración diversificada. Al primer nivel se le puede llamar *moral vivida* (moral), mientras que al segundo se lo puede calificar de *moral formulada* (ética)¹³.

Resumiendo, ética y moral se ocupan del modo en que los seres humanos se van haciendo a sí mismos a partir de las capacidades y limitaciones con las que están dotados por nacimiento y en constante interrelación consigo mismos con los otros, con el mundo y con el Otro.

Un ser humano moral es aquel que se va construyendo a sí mismo. Lo moral es entonces una tarea, un quehacer, la forja del carácter que permite enfrentar la vida con altura humana¹⁴. El deber (negativo y positivo) es sólo una parte de su

quehacer, no la totalidad. Reducir la moral a meros deberes o mandamientos, en su mayoría negativos, convierte al moralista en alguien que no tiene más misión que la de prohibir denunciar, limitar el disfrute –sobre todo sexual–, poner freno a la investigación, a la imaginación, al progreso, cargando a los otros con los pesados fardos de una moral cerrada, conservadora de una existencia encogida y sin calidad.

La ética de los deberes, de las normas, es una *ética de mínimos*; la ética del *êthos*, la llamada a cada ser humano a construirse a sí mismo, es una *ética de máximos*¹⁵.

Urge a todos los creyentes recuperar, no sólo el sentido etimológico de moral y ética como referidos al carácter y al modo de vida sino ayudar a los otros (educandos) a asumir con responsabilidad, en el ejercicio de la libertad que le permite su edad cronológica, emprender la tarea de construirse a sí mismos de modo que se alejen de aquellas metas que les conducen al mero dejarse llevar por lo dado, y se aventuren a la humilde tarea de llegar a ser lo que están llamados a ser.

3

Expresiones sobre lo ético o moral

La realidad ética puede designarse de múltiples formas. Señalamos brevemente dos que deberían ser tratadas a lo largo del proceso educativo.

a) El calificativo de bueno

Señala sabiamente J. L. Aranguren que *la palabra que, inmediatamente, forma parte del vocabulario moral usual, no es el sustantivo bien, sino el predicado bueno*¹⁶. Cuando se aplica a una persona,

¹² VIDAL, M., o.c. Pág 20.

¹³ LÓPEZ ARANGUREN, J. L., o.c. Pág 91.

¹⁴ ORTEGA Y GASSET, J., *Por qué he escrito "El hombre a la defensiva"*, en *Obras Completas*, c. IV, Madrid 1966. Pág 72.

¹⁵ CORTINA, A., *Ética mínima: introducción a la filosofía práctica*, Técnos, Madrid 2010. Pág 15.

¹⁶ LÓPEZ ARANGUREN, J. L., *Lo que sabemos de Moral*, Madrid, 1967. Pág 17.

estamos poniéndole un calificativo ético global. Todos y todas tenemos experiencia desde la infancia de que no es lo mismo decirle a un niño o niña que lo que hace está bien o mal que decirle que por lo que hace es considerado bueno o malo.

La pregunta sobre el bien y la bondad moral surge desde la profundidad del corazón. [Es] una pregunta esencial e ineludible para la vida de todo hombre, pues se refiere al bien moral que hay que practicar y a la vida eterna¹⁷. La reflexión ética de todos los tiempos se ha preguntado por el significado de este predicado de bueno. De hecho, la vida moral se ha entendido -con Santo Tomás de Aquino- como un *vivir bien*¹⁸.

Dos son las **tareas ineludibles** del educador cristiano:

1. Despertar la pregunta sobre la bondad y el bien, despejando caminos para su praxis en lo cotidiano, y
2. cuidar la rapidez con las que se califican las cosas en buenas y malas. Es preciso estar alerta cuando el predicado bueno se aplica a una persona de manera global porque se cae en un ju-

icio estimativo que va conformando el corazón humano.

Un joven se acercó a Jesús preguntándole por lo bueno... Jesús le invitó a ir llenando de contenido este concepto conforme a los parámetros del Dios *solo bueno*¹⁹.

b) El concepto abstracto de moralidad o, menos usado, de eticidad

Ya hemos visto como la moral expresa tanto la dimensión ética de la persona como la estructura moral de la realidad humana. Por tanto, tenemos que estar muy despiertos para no identificar *lo moral* con la sumisión a la costumbre reinante en la sociedad o en el grupo de pertenencia, ni con la norma o las sanciones legales.

Como afirma **B. Häring** *la moralidad solo se valora adecuadamente con una auténtica vivencia personal, en que la persona libre y dotada de razón siente como un deber la exigencia del bien y la realidad liberadora y beatificante del bien en sí mismo, por encima de la costumbre o sanción vigente*²⁰.

La moralidad en cuanto dimensión de

la persona no es un modo estático, sino dinámico. Por ello, aunque la ética o moral haga referencia al conjunto de normas y valores morales aceptados por una civilización, por un pueblo, por una clase social, por un grupo profesional, o por una persona, **es preciso educar moralmente**. Ello supone despertar en el educando dos **actitudes** fundamentales:

1. cultivar el juicio moral e intelectual suficientes para someter a crítica y revisar no sólo las pautas del código reinante, sino también, remontándose a su fundamento, los principios en que se inspiran; y
2. cultivar la suficiente inteligencia práctica y la necesaria fuerza moral para crear nuevas pautas de comportamiento, nuevos patrones de vida, que, fuera de todo código moral (pero no forzosamente contra él), inventa moralidad y contribuye a crear una existencia mejor.

c) El *éthos* (moral) en * relación con el *páthos* (talante)

Éthos o carácter moral no puede quedarse reducido a un mero saber especulativo alejado de la realidad humana. Por ello tiene que estar estrechamente vinculado con el *páthos* o **talante**. Lo mismo podría decirse de lo estético.

El talante es traducido por temple, estado de ánimo o tonalidad afectiva y es -al decir de Aranguren- *nuestro modo de encontrarnos bien, mal, tristes, confiados y seguros, temerosos, desesperados, etc., en la realidad... El páthos no depende de nosotros; al revés, somos nosotros quienes nos encontramos con él y en él. [...] Hemos sido puestos en el mundo, 'arrojados' en él, o mejor, enviados a él, con una esperanza o una angustia radical, fondo permanente, que sale poco a la superficie, de los cambiantes estados de ánimo, sentimientos y pasiones. El talante no se define por las emociones pasajeras, ni por los hábitos adquiridos; es algo profundo*²¹. Es la realidad



17 JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Veritatis Splendor*, n 8.

18 *Suma Teológica*, I-II, q. 57, a. 5.

19 Cf. Lc 18, 18-19.

20 HÄRING, B., *Moralidad: AA.VV., Sacramentum mundi IV*, Herder, Barcelona 1973. Pág 813.

21 FERRATER, J., *Temple: Diccionario de Filosofía II*, Buenos Aires 1971. Pág 770-771.



biológica sobre la que se asienta nuestro ser en cuanto anímicamente vivido.

Existe una correlación entre pátos y éthos. Así como toda la vida moral se articula en la unidad del carácter moral, así toda la vida de los sentimientos encuadra su centro unificador en el talante.

El carácter o la ética no puede prescindir del talante. La vida moral de la persona se realiza desde la condición de su talante. Cada hombre tiene un talante fundamental, aunque sobre él existan muchos modos y variaciones²². La vida moral tiene que contar con esa realidad para

construir sobre ella la figura ética. El educador no puede ignorar que algunos hombres encontrarán en ese (talante) su mejor colaborador...; para otros, en cambio, la tarea ética consistirá en luchar, a lo largo de su vida, con el mal talante que les ha sido dado. Pero también éstos últimos,

para luchar contra el talante, tendrán, en cierto modo, que adaptarse a él²³.

Concluyendo....

La reflexión en torno a los conceptos de ética y moral nos lleva a una consideración antropológica. Según entendamos al ser humano, así comprenderemos el conjunto de su vida ético-moral. La pregunta moral sobre la verdad, la bondad, el bien y la belleza se inscriben en el hondón del ser. Vivir éticamente es emprender la tarea, personal e intransferible, de construir la respuesta. El educador tiene ante sí la tarea apasionante, urgente e ineludible de **desarrollar en los alumnos una ética intrasubjetiva**, y no solo una ética intersubjetiva, racional y humanizadora. Este camino se recorre

1. desde el cultivo de la capacidad de silencio e introspección personal;

2. en apertura constante a la escucha y al diálogo;
3. en la lucidez que aviva la consciencia y mueve al discernimiento;
4. desde el reconocimiento humilde de las propias capacidades y limitaciones;
5. impulsando una ética de propuesta más que de defensa de determinados intereses o ideologías;
6. transitando los senderos que van de una moral del deber para consigo mismo y para con los demás, a una moral de escucha a la ley que lleva inscrita en lo profundo de su corazón, abierta a la novedad y a la creatividad, en fidelidad al momento presente;
7. y rompiendo el individualismo moderno y el relativismo postmoderno, desde la apertura sin miedo a la dimensión de alteridad, desde la auténtica y responsable libertad. ☺

PISTAS PARA EL TRABAJO EN EL AULA

PARA TODOS LOS NIVELES EDUCATIVOS

Requisito indispensable para desarrollar cualquier competencia religiosa es ahondar en los alumnos y alumnas **la capacidad de silencio**. Si la ética constituye la tarea de construcción personal, invito a los docentes a introducir en sus clases tiempos de silencio, de escucha del propio interior, de lo que les rodea. Identificar sonidos, ruidos, asociarlos con imágenes reales o fruto de la imaginación.

Al principio es una práctica que cuesta por desconocida, pero si se persevera, poco a poco, los alumnos entrarán en la sabiduría del silencio y en los espacios insondables que nos ofrece.

Esta práctica puede hacerse al inicio del día o de la sesión de clase. Es preciso no forzarla. Simplemente ofrecerla... La experiencia me ha demostrado que los alumnos y alumnas pasan de una inicial incomodidad al "disfrute" de este tiempo. No se trata de sacar conclusiones, ni moralejas... Se trata de crear el hábito de "gustar el silencio por el silencio". Es un previo indispensable para toda educación ética.

PARA LOS ALUMNOS Y ALUMNAS DE LA ESO Y BACHILLER

- ▶ Trabajar las etimologías de las dos palabras: ética y moral, partiendo de lo que en el ámbito en el que se mueven se entiende por ellas. Puede hacerse mediante una encuesta en sus familias, en su barrio, entre sus amigos, a los demás profesores...
- ▶ De la información recabada analizar cómo el lenguaje nunca es inocente ya que, en gran manera, configura una forma de situarse ante la realidad.
- ▶ Insistir en el concepto básico que arroja la identidad semántica de ética y moral. La ética (moral) es una forma de vivir, es desplegar lo mejor que cada uno puede llegar a ser con las capacidades y limitaciones que le proporciona su biología, su biografía, su geografía...
- ▶ Este es un buen tema para trabajar el conocimiento de uno mismo.

LECTURAS RECOMENDADAS

- CORTINA, A. (dir.), *10 palabras claves en ética*, Verbo Divino, Estella 2011 (6ª reimpresión).
- CORTINA, A., *Ética filosófica* en: VIDAL, M. (dir.), *Conceptos fundamentales de ética teológica*, Trotta, Madrid 1992, 145-166.
- TORRALBA, F. - RODRÍGUEZ, L. - FOLSCHEID, D., *Claves éticas para el siglo XXI*, Editorial Milenio, Lleida 2007.
- VIDAL, M., *Moral de Actitudes I. Moral Fundamental*, PS, Madrid 19908, 17-55.

²² Puede hablarse, por ejemplo, de temple optimista o anagógico (entusiástico, alegre, etc.) y de temple pesimista o catagógico (angustioso, pesimista, naufragado, etc.). Ver en J. FERRATER, o.c., las palabras: anagógico, alegría, entusiasmo, angustia, naufragio, náusea, pesimismo.

²³ LÓPEZ ARANGUREN, J. L., *Ética*. Pág 349.